

## EL NAZISMO Y EL ESTALINISMO, EN ASCENSO

La victoria electoral del Frente Popular tuvo lugar en un momento en que en Europa se estaban produciendo dos hechos fundamentales: por un lado, y sobre todo, la fuerza aplastante que estaba alcanzando el nazismo, y por otro, la consolidación del stalinismo en la URSS. Ambos procesos serán los que irán configurando las coordenadas en que se moverá la respuesta del movimiento obrero en la segunda mitad de los años treinta.

El nombramiento de Hitler como canciller del Reich en enero de 1933 y su posterior victoria electoral en marzo de ese mismo año no sólo significaron una derrota histórica para el movimiento obrero alemán (que, dividido por el reformismo socialdemócrata y por el ultraizquierdismo stalinista de entonces, ofreció escasa resistencia a la subida de Hitler al poder) sino que crearon una nueva situación en toda Europa. El equilibrio relativo que se había establecido al final de la Primera Guerra Mundial fue cuestionado precisamente por quienes habían perdido ésta: ahora, el capitalismo alemán estaba dispuesto a tomar su revancha y a aspirar a conquistar la hegemonía en el mercado mundial.

Esa perspectiva de extensión del nazismo y de auge del fascismo, triunfante ya desde hacía tiempo en Italia, es la que hace del año 34 el de la organización de respuestas unitarias por parte de los trabajadores. Así, en Austria, en Francia y en el Estado español, especialmente en Asturias, el movimiento obrero empezará a sacar las lecciones de la derrota alemana tratando de forjar la unidad anteriormente rota.

Pero el saldo de estas batallas, salvo en Francia, no es positivo y la amenaza fascista continuará. 1935 será también

un año de luchas intensas. Hitler impulsará el rearme de su país y se retirará de la Sociedad de Naciones. En marzo el Sarre, que había tenido un estatuto especial después del Tratado de Versalles (que puso fin a la Primera Guerra Mundial) aprueba en un plebiscito nazi su reincorporación a Alemania. Más tarde, Mussolini, con el beneplácito de Inglaterra, ocupará Abisinia.

Mientras tanto, Francia y la URSS llegarán a un acuerdo de defensa mutua inconcreto que no impedirá nuevas expansiones nazis. En marzo del 36 Hitler atraviesa el Rin y remilitariza la margen izquierda de ese río, firmando más tarde el pacto anti-Komintern con Japón y luego con Italia. En Oriente, China y Japón ya están en guerra...

### El giro de los Frentes Populares

En la URSS la situación a comienzos de los años 30 ya estaba cambiando radicalmente. La consolidación del poder burocrático encabezado por Stalin siguió a graves errores como la colectivización forzosa del campo y la represión de millones de miembros del Partido, mientras se subestima completamente el peligro fascista en Europa.

Pero la derrota alemana abre una nueva página en la historia de la URSS. A partir de 1935 todos los esfuerzos irán dirigidos a poner en primer plano la "defensa de la URSS" y a buscar alianzas con las burguesías "democráticas" de los países occidentales; los PCs irán abandonando su política ultraizquierdista anterior y pasarán a subordinar su acción a ese imperativo diplomático. Será entonces cuando se manifestará ya abiertamente la ruptura con la política leninista de los



primeros años de la Revolución Rusa: mientras que tratados como los de Brest-Litovsk o Rapallo dejaban las manos libres a los PCs para luchar contra sus propias burguesías, ahora era todo lo contrario, ya que éstos debían convertirse en instrumentos de la política exterior del Estado soviético.

El primer ejemplo de esa orientación fue la declaración común del primer ministro francés Laval y de Stalin, hecha en mayo del 35. En ella el dirigente soviético "comprendía" y aprobaba plenamente la

política de defensa nacional hecha por Francia para mantener su fuerza armada al nivel de su seguridad". La consecuencia de la misma fue el abandono por el PC francés de toda hostilidad hacia el Ejército, a pesar de que aquella declaración no llegara a ningún acuerdo militar concreto entre ambos gobiernos.

Pero este precedente será utilizado para justificar la política que será aprobada por el Séptimo Congreso de la Internacional Comunista en agosto de 1935. Sin autocritica por el ultraizquierdismo anterior y en nombre de "la victoria definitiva e irrevocable del socialismo y la consolidación en todos los aspectos del Estado de la dictadura del proletariado" (formulación contradictoria y falsa, como tan acertadamente denunció Trotsky en *La revolución traicionada*), la IC admitía por primera vez en su historia la colaboración con partidos burgueses, incluso a nivel gubernamental, a través de la política de los Frentes Populares.

A primera vista, las diferencias entre esa fórmula y la tradicional política de Frente Único Obrero de los primeros Congresos de la IC no fueron comprendidas por la mayoría de los militantes de los PCs. Su aspiración a la unidad contra el fascismo veía sólo una extensión de la vieja fórmula, sobre todo teniendo en cuenta que antes habían practicado un sectarismo ciego frente a la socialdemocracia.

Pero, como señala Pierre Frank (*Histoire de l'Internationale Comunista*), esa política "atribuía a las capas pequeño-burguesas características que no eran ciertas. No era verdad que la pequeña burguesía estuviera identificada con la democracia parlamentaria y fuera hostil a la violencia; el ejemplo del fascismo lo había demostrado: éste la había conquistado con una propaganda ferozmente antiparlamentaria y con una actividad

en la que la violencia jugaba un importante papel. No era verdad tampoco que la palabra "socialismo" la asustara, como también los fascistas habían demostrado utilizando ese término en el nombre de su partido... En cuanto a los partidos burgueses, el Partido Radical en Francia, tomado como ejemplo, era en realidad un partido burgués que dirigía el país desde hacía treinta años, pero lo hacía disponiendo de una clientela electoral pequeño-burguesa e incluso, durante unos años, de una parte del electorado obrero".

Así, en nombre de la defensa de una URSS en la que, según sus dirigentes, el socialismo había triunfado definitivamente, se imponían unas alianzas con partidos burgueses y pequeño-burgueses y unas barreras "democráticas" que no debía traspasar el movimiento obrero de los países occidentales.

A pesar de esa política errónea, el giro hacia la búsqueda de esas coaliciones dará un peso cada vez más importante a los partidos que siguen los dictados de la URSS en sus respectivos países.

El año 36 pasará de esta forma a ser decisivo: las victorias electorales de los Frentes Populares en el Estado español, en febrero, y en Francia en junio empiezan a crear condiciones para un nuevo ascenso del movimiento obrero que sea capaz de frenar al fascismo e impedir los preparativos de la Segunda Guerra Mundial. Pero para lograrlo falta una política revolucionaria que ya desde sectores de izquierda de la socialdemocracia, del anarquismo o de las organizaciones comunistas no estalinistas (entre ellas, las que propugnan una nueva Internacional agrupadas en torno a León Trotsky) empieza a defenderse abiertamente.

J. Pastor

